

# La poesía de Gabriel Aresti

El bilbaíno Gabriel Aresti es uno de los escritores más representativos de la literatura vasca, en la época actual. En su período estudiantil le dió por aprender vascuence y empezó a escribir en una revista que a la sazón se venía editando en Guatemala. Pronto se destacó como poeta. Pero fue en 1959 cuando vino a consagrarse entre los mejores, al ganar el concurso convocado en homenaje póstumo al poeta «Loramendi» en Mondragón, con su poema *Maldan behera*.

Es autor de numerosos artículos, varias obras teatrales y una novela. En todos sus trabajos ha dado muestras de conocimientos de la literatura contemporánea y la clásica, de varias lenguas. Prueba de ello son las conferencias dadas sobre poesía y teatro en Bilbao y San Sebastián.

Ultimamente ha cultivado la poesía en su forma más moderna, sin ritma ni métrica, y para mi gusto anda mucho más acertado en esta poesía libre.

La Editorial Itxaropena de Zarauz acaba de publicar su poema *Herri eta Herri* (Piedra y Pueblo), con traducción al castellano, cuya obra fue la ganadora del premio de poesía vasca que tuvo lugar en Tolosa, el pasado año, en homenaje a Nicolás Ormaechea «Orixe».

En numerosas ocasiones conversé con Aresti sobre sus obras. Ello motivó que me solicitara un prólogo para su último trabajo. Para mí, a la vez que un honor, ha sido osadía. No todas las opiniones serán favorables para esta poesía moderna. Pero diré, que esa forma, es un estilo nuevo. Dueño de su juventud, aporta nuevos aires al terreno de la poesía vasca; nuevos alientos al viejo idioma.

Como Gabriel Celaya, promotor de nuevos estilos y que más se distinguió en sacar a la poesía española del puro simbolismo, caído en desuso en otros países, también Aresti va hacia las formas populares de la «razón narrativa». Y su canto, es un canto a la defensa del hombre.

En su abundante fluir poético, al coloquiar con su propia intimidad, guarda cierta afinidad con el *Canto general* de Neruda; y hay en su forma cierta correspondencia con las *Odas* del mismo autor; aunque también con *Pido la paz y la palabra* y *En castellano*, de Otero. De igual modo encontraremos ideas afines. Por ejemplo, Otero recoge el hambre a manos llenas, y es la verdad lo que Aresti recoge a manos llenas (no es de extrañar esta influencia, siendo como es su poeta predilecto); para Aresti, la poesía es un martillo, y para Celaya, el martillo es la paz. Así se cruzan sus juegos de palabras.

La poesía de *Herri eta Harri* es íntimamente de Aresti, a pesar de las afinidades en las fuentes de los poetas anteriormente citados. Ha continuado por el camino trazado por ellos, revistiendo de una más próxima actualidad. Es el ritmo de la poesía joven. Además, como buen vasco, separando la paja, va directamente al grano. Con menos adorno que Neruda.

Tiene riqueza de imaginación. Emplea un vascuence popular y fácil. Y si tiene defectos —lo cual no creo, al menos de importancia—, serán pequeñeces que no los debemos considerar. Como alude en la dedicatoria de la obra, Altube y Barandiarán han sido sus mejores maestros. El primero con su *Erderismos* y el segundo con las hojas de *Eusko-Folklóre*. (Estos últimos trabajos los recogió la Editorial Auñamendi de San Sebastián, en tres libros titulados: *El mundo en la mente popular vasca*). Y es mi opinión, que ha tenido otros maestros, y estos serían nuestros clásicos, Axular, Leizarraga y Etxeberri a la cabeza. A su popularismo, no podríamos elegirle un solo pueblo, ni una sola comarca, ni siquiera un solo dialecto como base. Tanto como del pueblo ha recogido de los viejos autores. El suyo es un idioma ecléctico. A los que aprendimos el vascuence desde la cuna, muchas veces sus giros no nos parecen los más acertados. Aun así, prefiero su lenguaje al de un Lauaxata, e incluso al del propio Lizardi. Fue una pena que estos dos grandes poetas, sin duda los dos mejores que se han dado en lengua vasca, no lo hicieran en una forma más popular. Por eso no llegaron al oído del pueblo, tan necesario para el renacimiento literario vasco. Ellos perdieron una gran oportunidad. Oportunidad que, aunque tal vez tarde, recoge Aresti, y le hace decir:

«Mi poesía es muy barata  
la tomé de balde  
de la boca del pueblo  
y de balde se la devuelvo  
al oído del pueblo».

Aun así, para la buena interpretación de su temática se necesita agudeza. Ello hace temer que no sea bien comprendido por muchos:

«Así es el mundo  
y hoy en día  
nadie es profeta en su tiempo».

Y el poeta seguirá diciendo angustiado:

«Llamé en tantas puertas en los días  
de mi tiempo,  
perseguí tantas manos en busca  
de amistad,  
miré a tantos rostros de mujer en busca  
de cariño...  
Pero ahora ya no hay vuelta de ello».

J. San Martín.